

Veracruz por refuerzos é instrucciones. A su partida llevó consigo una escolta y á sus amigos más íntimos entre los oficiales.

Díaz, Salinas y Cajiga, los tres principales jefes liberales que estaban con Landa, protestaron contra esta deserción en los momentos en que eran más necesitados sus servicios; pero Landa no hizo caso de estas protestas, pues estaba indudablemente enteramente fastidiado de la vida de Oaxaca. No cabe duda que Landa faltó gravemente á la disciplina militar regresando á Veracruz sin tener órdenes para ello.

Indudablemente que Díaz y Salinas, á pesar de sus protestas, se alegraron mucho de salir de Landa, que había demostrado su completa inhabilidad para comprender la clase de elementos con que se tenía que trabajar en Oaxaca; y no podían menos de sentir que tenían más oportunidades de éxito solos, que en unión de Landa y bajo su dirección.

Con la partida de Rosas Landa, Díaz y Salinas determinaron separarse, considerando que de este modo les sería posible operar contra el enemigo con mayores ventajas; pues en las partes montañosas de Oaxaca, donde se veían obligados á permanecer á causa del reducido número de sus tropas y la superioridad numérica del enemigo, les era imposible conseguir subsistencia para cuerpos regulares de tropa. Además, pequeñas partidas de soldados, manejadas por jefes hábiles que conocían palmo á palmo el terreno y la gente del lugar, tenían más probabilidades de éxito que un cuerpo regular de tropas operando en condiciones desfavorables.

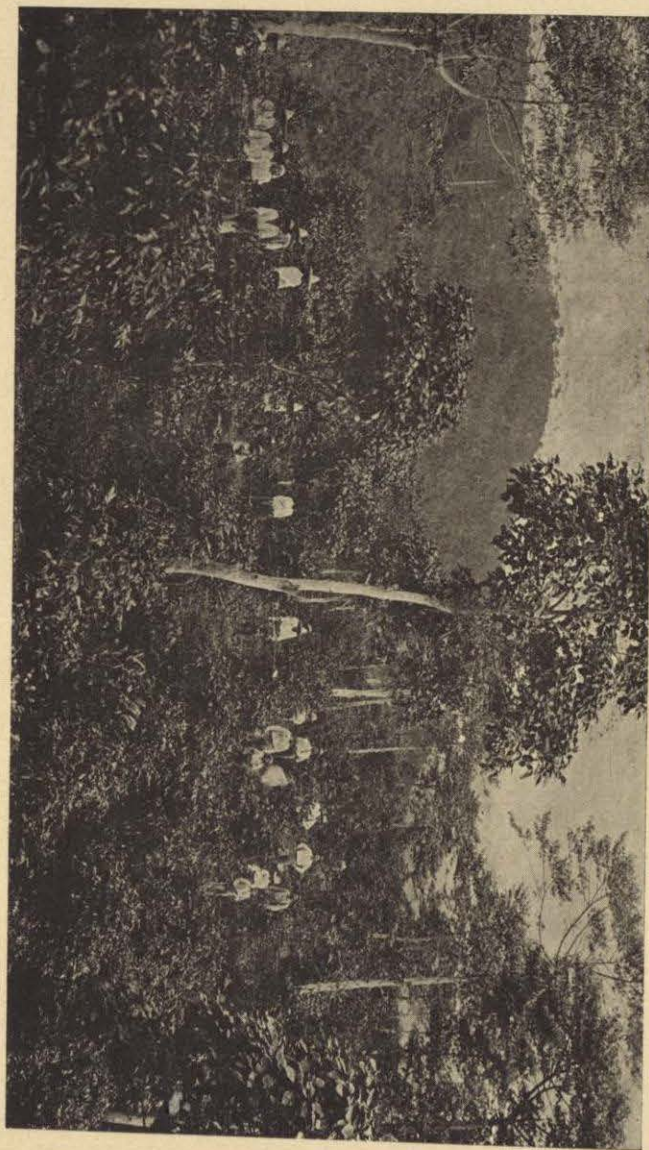
Salinas marchó rumbo á Ixtlán en busca de reclutas que siempre se podían conseguir en esa vecindad. Díaz resolvió seguir el mismo camino. El enemigo, no obstante la partida de Landa, no se había atrevido á atacar las fuerzas liberales en Teococuilco; mas para evitar que sus fuerzas fueran seguidas y tuvieran enemigos en la retaguardia, Díaz arregló la retirada con el mayor orden. Y así antes de evacuar sus posiciones, ordenó que se cortaran árboles



en las orillas de los caminos para obstruirlos y dificultar el paso de la artillería y caballería enemigas. Y tan luego como estuvo hecho ésto, comenzó la retirada hacia Ixtlán por el camino que dos días antes había seguido Salinas.

Apenas había llegado á Ixtlán el Coronel Díaz, se tuvo noticia de que el general reaccionario Trejo había caído sobre la villa de Ixtepejí, y que los habitantes y tropas allí estacionadas se defendían por todos los medios posibles contra fuerzas muy superiores. Inmediatamente el jefe liberal se dirigió al teatro del combate. Llegó á Ixtepejí con su pequeña columna el 16 de Mayo, en los precisos momentos en que los defensores del lugar se retiraban ante la fuerza de los sitiadores. Inmediatamente se lanzó con toda su gente sobre el enemigo, el cual, creyéndose ya victorioso y por consiguiente no esperando ataque alguno, se desmoralizó por completo y huyó. Las fuerzas de Díaz y las de la villa persiguieron al fugitivo ejército, que originalmente se componía como de seiscientos hombres, por una distancia de 15 millas, no dándole así tiempo para reorganizarse, ni para llevarse sus heridos, ni los soldados que por alguna causa se iban quedando rezagados en la retirada. Tan sangrienta había sido la batalla y la subsiguiente persecución hasta Pinabete, que cuando Trejo llegó de regreso á Oaxaca tenía menos de 100 hombres.

Esta victoria fué de gran importancia, á pesar de que las fuerzas comprometidas de uno y otro lado eran relativamente pequeñas, por la sencilla razón que permitió á los dos jefes liberales, Díaz y Salinas, reclutar soldados y disciplinarlos en Ixtlán con la mayor tranquilidad. También demostró conclusivamente la incompetencia de Landa al haber dejado el mando en circunstancias difíciles, y haberse alejado en busca de refuerzos é instrucciones acerca de lo que debía de hacer en caso tan desesperado; cuando apenas había llegado á Veracruz, se recibió la noticia que Díaz, con un puñado de hombres, había derrota-



PLANTACIÓN, ESTADO DE OAXACA.



do completamente á Trejo, el temible jefe reaccionario.

Díaz y Salinas decidieron permanecer en Ixtlán, donde ambos eran bien conocidos, y continuar allí reclutando fuerzas y adiestrándolas para la campaña en que estaban comprometidos; siendo el objetivo final de ella, por de pronto, la capital del Estado. El Coronel Díaz, que personalmente conocía todo el distrito de Ixtlán y comprendía el carácter de la gente, se hizo cargo del reclutamiento y de la disciplina y organización de las tropas. Pronto les inspiró ese "ésprit de corps" que siempre se manifestaba en fuerzas que habían estado algún tiempo bajo la influencia de su mando. También les inspiró la confianza de que eran suficientes y muy capaces de expulsar del Estado á las fuerzas reaccionarias. Y así, trabajando largas horas diariamente y con gran empeño, tuvo el Coronel Díaz la satisfacción de tener sus fuerzas listas á fines de Julio, ó sea en mes y medio, para tomar la ofensiva contra el enemigo; y el último de ese mismo mes, el ejército liberal, fuerte de 700 hombres, partió de Ixtlán con dirección á la ciudad de Oaxaca. Las fuerzas se componían casi en su totalidad de infantería, pues la única artillería que poseían consistía en dos pequeños cañones de montaña. La mayor parte de los reclutas no había estado nunca en acción de guerra, y aunque procedían de raza valerosa y tenían plena confianza en sus jefes, no se podía prever cómo se conducirían en la batalla.

Cobos, por otro lado, tenía dos mil hombres bajo su mando, muchos de los cuales habían ya prestado antes servicio activo, y buen número de ellos eran veteranos experimentados. Además, ocupaba dentro de la capital del Estado una posición bien fortificada y disponía para defenderla de infantería, caballería y artillería. Parecía una empresa de lo más temeraria de parte de los dos jefes liberales el aventurarse á llegar cerca de la ciudad de Oaxaca, que en ese tiempo estaba defendida por seis cañones grandes de campaña y media docena de cañones de montaña;



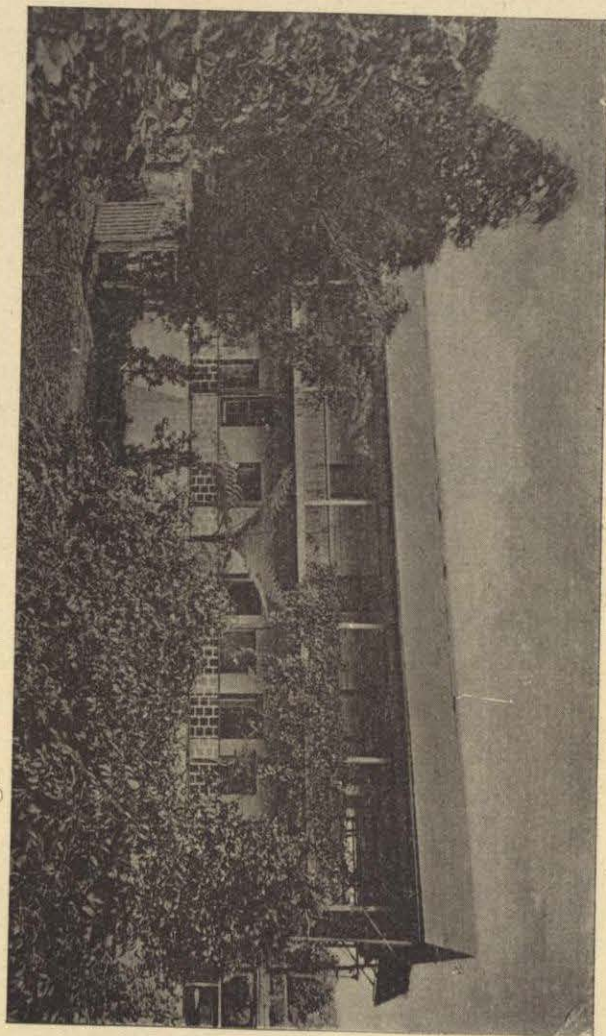
todos los cuales estaban dotados de excelentes artilleros.

Sin embargo, el 3 de Agosto de 1860 llegaron las fuerzas liberales á vista de la ciudad capital del Estado, después de un viaje de lo más difícil y fatigoso, bajo una fuerte y prolongada tempestad tropical; y tomaron posiciones en los cerros que dominan la ciudad. Fué en esta oportunidad cuando Cobos concibió la idea de deshacerse de Díaz, á quien consideraba su enemigo más formidable, por medio de una traición. El cuatro de Agosto en la mañana envió á Díaz á un parlamentario ofreciéndole rendir la ciudad é invitándolo á tomar posesión de ella en nombre del gobierno liberal. Había creído que Díaz aceptaría ciegamente esta proposición, y que cuando marchara con sus fuerzas por las llanuras frente á la capital, quedaría á merced de los cañones de las fortalezas.

Pero Díaz comprendió con qué clase de enemigo tenía que habérselas, y juzgó, que una ciudad atrincherada como estaba Oaxaca, con un jefe del calibre de Cobos, que tenía un número de fuerzas tres veces superior á las suyas, no era probable que se rindiera en los términos ofrecidos por el comandante, especialmente cuando la causa reaccionaria había obtenido todas las ventajas en el Estado de Oaxaca desde hacía dos años.

Díaz, circunspecto como era siempre cuando se trataba de arreglos diplomáticos, investigó los móviles de la proposición de Cobos, y sin gran dificultad comprendió la naturaleza de la trampa que el jefe reaccionario le estaba tendiendo.

El mismo día que tuvo lugar el anterior incidente, los liberales descendieron de las lomas y tomaron posiciones en los ranchos de Dolores y San Luis, los que inmediatamente fueron fortificados del mejor modo posible. Dobles centinelas fueron puestos de guardia y se tomaron toda clase de precauciones para evitar una sorpresa; pues la reciente intentona traidora de Cobos había despertado gran sentimiento de desconfianza entre los jefes.



CASA HABITACIÓN EN EL ESTADO DE OAXACA.



El oficial que Cobos envió á Díaz el 4 de Agosto para hacerlo caer en una celada, había logrado hacer una estimación aproximada de las fuerzas al mando de los dos jefes liberales, y su informe indujo á Cobos á creer que sería asunto fácil ganarles la victoria. Por lo cual, el día siguiente hizo todos los preparativos para un ataque; y en la madrugada del 6 marchó fuera de la ciudad con dos mil hombres de todas armas, infantería, caballería y artillería, y tomó posiciones frente á las líneas liberales. Estos últimos, que esperaban algún movimiento de esa índole de parte del enemigo, inmediatamente aceptaron el desafío; pues Díaz había notado la organización y disposición defectuosa de las tropas de Cobos y había resuelto atacar sin demora el punto más vulnerable, que era, según había comprendido, el frente del enemigo. El movimiento fué muy bien calculado, pues Cobos, en la confianza de su superioridad numérica y de sus cañones de campaña, no esperaba que el enemigo tomara la iniciativa; de suerte que el ataque le produjo gran sorpresa.

Como un torrente se precipita de una montaña, así cayeron las tropas liberales encabezadas por Díaz y Salinas sobre el frente del ejército de Cobos, rechazándolo hacia la retaguardia antes que Cobos pudiera darse cuenta de lo que había sucedido. Esta repentina retirada del frente amenazaba desorganizar la retaguardia; pero Cobos trajo su reserva sin la menor demora, para dar tiempo al resto del ejército para que se repusiera y arreglara de nuevo sus filas. Mas el jefe liberal, desentendiéndose del mortífero fuego que la reserva de los reaccionarios lanzaba sobre sus filas, ordenó una nueva carga sobre las fuerzas desorganizadas de Cobos, que las acabó de desmoralizar; pronto la retirada se convirtió en atropellada fuga por salvar la vida, y las desordenadas huestes arrollaron é inutilizaron sus propias reservas, y pasaron en gran pánico unos sobre otros, en sus esfuerzos por buscar seguridad dentro de los muros de la capital. Pero una parte de las fuerzas de



Cobos hizo frente al enemigo y evitó que la retirada se convirtiera en completo desastre. Aún estas fuerzas fueron palmo á palmo rechazadas dentro de los muros de la ciudad, donde el ejército reaccionario se retiró al convento de Santo Domingo, buscando seguridad dentro de sus espesos muros contra la persecución de los liberales victoriosos.

Cobos aún disponía de una fuerza doble en número de la de Díaz y Salinas, y tenía dentro de los muros del convento suficiente armamento para poder hacer con ventaja un ataque contra los liberales y expulsarlos de la ciudad; por lo que Díaz tomó toda clase de precauciones para evitar cualquier sorpresa. Los liberales habían logrado capturar los cañones del enemigo y vuelto sus bocas contra sus primitivos dueños; lo que había contribuido á impedir á Cobos toda posibilidad de reorganizar sus fuerzas que, como hemos dicho, estaban tan desmoralizadas que no pensaban en otra cosa que en ponerse en lugar seguro.

Los liberales persiguieron á los reaccionarios hasta dentro de la ciudad: Díaz capturó el Palacio Legislativo y la guarnición; mientras que Salinas ocupó toda la parte norte de la población.

Oaxaca estaba al fin en manos de los liberales; pero su posición estaba aún muy lejos de ser segura; pues Cobos, una vez lograra reorganizar sus fuerzas podía atacarlos de nuevo, y ésta vez con más oportunidades de éxito; pues se habían visto obligados á distribuir sus fuerzas para sostener la ciudad.

Por todo lo cual, los cañones capturados fueron puestos en posición para defender la plaza, y numerosas guardias se estacionaron por toda la ciudad. Salinas y Díaz celebraron esa misma noche consejo de guerra con sus oficiales, y se decidió no perder tiempo y comenzar el sitio del convento de Santo Domingo en la próxima mañana.

Al despuntar la aurora del siguiente día, los dos incansables oficiales estaban ya ocupados en poner en posición para el sitio del convento los cañones cap-

turados al enemigo. Este trabajo continuó durante dos horas sin la menor manifestación de parte de los que se encontraban encerrados en el edificio. Pronto comenzó á regarse entre las filas liberales el rumor, de que Cobos, aprovechándose de las tinieblas de la noche, había salido con las fuerzas de su mando; rumor que poco más tarde se confirmó por gente que había visto al jefe revolucionario camino á Mixteca.

Así, en menos de dos meses después que las fuerzas de Landa se habían retirado en desorden á los montes de la vecindad de Ixtlán, después de haber perdido tres meses delante de los muros de Oaxaca, los dos jóvenes é intrépidos jefes habían organizado, adiestrado y disciplinado un nuevo ejército; y sin disponer de caballería ni de artillería, habían conquistado la ciudad que Landa, con una fuerza tres veces más numerosa, no había logrado conquistar. Y ésto lo hicieron, batiéndose á campo raso contra una fuerza muy superior en número y mucho mejor dotada con armamentos de guerra.

Tan brillante hecho militar no podía menos que llamar la atención del partido liberal hacia el Coronel Díaz, quien fué promovido al grado de Coronel de línea; siendo Salinas ascendido á Brigadier General.

El Coronel Díaz había sido malamente herido en una pierna por una bala de rifle durante la captura de la ciudad de Oaxaca, y como el doctor le ordenó absoluto reposo por todo el tiempo que durara la herida en sanar, Salinas quedó solo en el mando.

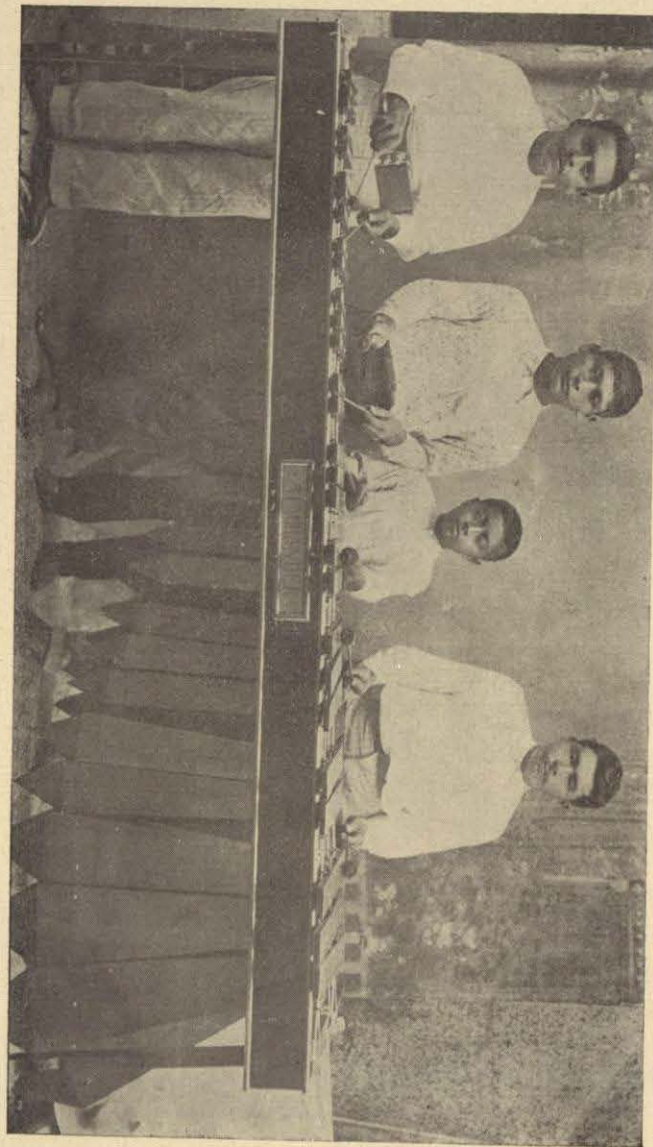
Este último, era buen soldado, pero jefe poco emprendedor, dió tiempo al comandante reaccionario para que reorganizara sus fuerzas, con las cuales llegó á invadir el valle de Oaxaca y aún á amenazar la ciudad recientemente conquistada. El Coronel Díaz, á pesar de su herida que le impedía andar sin la ayuda de muletas, insistió en desobedecer las órdenes del doctor y salir al campamento para ayudar en la dirección de las operaciones contra las fuerzas de Cobos.



En estas circunstancias, su hermano el Teniente Coronel Félix Díaz, apareció en la escena; y él y Salinas tomaron la iniciativa contra los reaccionarios, á los cuales lograron rechazar á los montes y finalmente derrotarlos por completo.

De este modo, Díaz y Salinas, en menos de dos meses, no sólo habían convertido la derrota en victoria, sino que habían organizado un ejército y recorrido con él todo el Estado, derrocando completamente el poder del partido reaccionario en Oaxaca. Hecho esto, muy poco quedaba que hacer para ellos en el Estado, por lo cual se les ordenó organizaran una brigada destinada á operar contra los jefes reaccionarios en los Estados centrales. Se formó esta brigada, y en sus listas se encuentran hoy los nombres de muchos ciudadanos que después llegaron á ser famosos en la historia de México. Había dos compañías al mando de los Tenientes Coroneles Montiel y Velasco, un cuerpo de lanceros mandado por el Teniente Coronel Félix Díaz y una batería compuesta de piezas de campaña y de montaña. Porfirio Díaz era el comandante al mando de esta fuerza, que en Agosto de 1860 marchó para unirse á la división del General Ampudia, con la cual se incorporó en Tehuacán del Estado de Puebla pocos días después. Esta brigada de Oaxaca tomó parte en varios encuentros y escaramuzas y estuvo presente en la batalla de Calpulálpam, donde el General González Ortega derrotó completamente al partido reaccionario y abrió el camino para la ocupación de la capital por las fuerzas del partido liberal y la restauración de Juárez en la presidencia de la República. Después de tres meses de servicios, regresó á la capital del Estado en Enero de 1861; pues había terminado la guerra y ya no se necesitaba más de sus servicios.

De regreso á Oaxaca el Coronel Díaz cayó enfermo de fiebre tifoidea, fiebre que había sido endémica en el ejército; y mientras convalecía de esta penosa enfermedad, fué elegido miembro del Congreso Nacional por el Estado de Oaxaca. Tan luego como se



MARIMBEROS TOCANDO LA MARIMBA.



restableció, se dirigió á la capital para representar á su Estado natal en la legislatura de la federación.

Es conveniente dar por terminado aquí el primer período de la carrera militar de Porfirio Díaz, pues con su aparición en la capital de la República y su entrada en la legislatura federal, la vida comenzó á mostrarle un campo más vasto, que estaba él destinado á llenar. Desde esta fecha en adelante se le puede considerar como un carácter genuinamente nacional; pues desde entonces sus hechos políticos han estado íntimamente ligados con la prosperidad de la República, y se ha amoldado de tal modo su carrera al país, que la misma vida de la Nación ha crecido á su rededor y el mundo entero se ha acostumbrado á asociar á Díaz con México y á México con Díaz. Sin que el mismo Díaz lo pudiera comprender, toda su vida anterior había sido una preparación, para el campo vasto por el cual tenía que entrar y el gran papel que estaba destinado á representar en el drama de la vida política é industrial del México moderno. Pero si bien se puede decir, que en Enero de 1861, Díaz contempló de lejos la herencia que algún día había de ser suya, no fué sino un cuarto de siglo después cuando entró á la tierra prometida, que debía ver más tarde producir, bajo su dirección sabia y benéfica y su gobierno firme y justo, el rico maná de la prosperidad y del progreso.

Esos veinticinco años de luchas y pruebas, de continuo vagar por el desierto de tormentas políticas, de intranquilidad nacional y de anarquía social, fueron una preparación tan completa para la vida futura que el destino le tenía reservada, como fué para los hebreos la prolongada estancia en los aciagos desiertos de la Arabia.